

# Cuadernos del Sur

---

Año 14 - N° 26

Abril de 1998

Tierra  fuego  
del

todavía peor. Pero para aquellos de nosotros que nunca creímos en la posibilidad de capitalismo con rostro humano, esto no es el fin de la

historia. Queda todavía una real alternativa llamada socialismo.

Canadá, enero de 1998.

## 150 años: reflexionando en la ira

Werner Bonefeld

**E**n el Prefacio a la edición alemana de 1872 del *Manifiesto Comunista*, Marx y Engels puntualizaron que los desarrollos desde su primera publicación en 1848 habían vuelto redundantes partes del *Manifiesto*, especialmente la lista de demandas específicas del final de la sección 2 y las polémicas de la sección 3 contra otros partidos socialistas que habían dejado de existir desde hacía tiempo. ¿Cuáles hubieran sido sus comentarios sobre el *Manifiesto* en 1998?

El fin del *Manifiesto* no fue legar al mundo una herencia filosófica atemporal, sino dar dirección al fermento político del día. ¿Los convencería la continua existencia de las relaciones sociales capitalistas que la lucha contra el comando capitalista del trabajo es por completo infructuosa? ¿Qué deberían decir sobre los regímenes anteriores del bloque del este, que comandaron el trabajo bajo el nombre del socialis-

mo? ¿Se unirían al coro del “mundo occidental” que decreta el fin de la historia? ¿Estarían realmente sorprendidos ante una burguesía que anuncia que la historia ha llegado a un fin con su sistema de explotación y dominación? Supongo que no. Más aún, pensaría que Marx y Engels estarían enojados. Su ira, sin embargo, no estaría dirigida a una burguesía que cumple su rol y propósito: la clase capitalista no puede existir sin su batalla contra el espectro del comunismo. La ira estaría dirigida contra sus camaradas que se han vuelto falsos amigos: en lugar de liberar a Marx de las cadenas del stalinismo, la caída del muro de Berlín ha sido empuñada finalmente como una oportunidad para escapar de Marx. Digo escapar con intención crítica. El anuncio del fin de la historia es sinónimo del compromiso con el espectro del capitalismo. Ha sido la Nueva Izquierda la que ha anunciado su adiós a la clase trabajadora, no la burguesía:

la verdadera circunstancia de que las relaciones sociales burguesas descansan en relaciones entre propietarios nunca ha sido olvidada por la burguesía. Fanáticamente empeñada en hacer que "su" riqueza se expanda a sí misma, ésta nunca ha dejado de hacer que el trabajador trabaje por consideración al trabajo y esto significa el tratamiento de la humanidad como un recurso que es sacrificado en las pirámides de la acumulación. La burguesía sabe qué son las divisiones de clase y qué implica la lucha de clases. Marx comprendió bien el rol y función de la burguesía y no estaría sorprendido de que ella, puntual e inexorablemente, continúe desempeñando su función y rol con serio vigor y una postura de respetabilidad que no carece de un cierto encanto. ¿Qué podría, sin embargo, tener que decir Marx a la Nueva Izquierda en un Prefacio de 1998 al *Manifiesto Comunista*?

Estudios contemporáneos de una cierta economía política aseguran que el mundo capitalista ha sido repentinamente globalizado, ha dejado atrás el estado-nación, ha devenido un orden cosmopolita que no puede ser resistido. ¿Puntualizaría Marx meramente que el *Manifiesto Comunista*, escrito como fue en 1848, enfatiza el carácter global de las relaciones capitalistas de explotación? ¿Recomendaría meramente que el *Manifiesto* sea tomado en con-

sideración cuando es alcanzado el carácter cosmopolita de la burguesía? ¿O podría simplemente caer en frustración rezongando que, desde su tiempo, el ejecutivo del estado moderno no ha sido siempre sino un comité para manejar los negocios comunes de la burguesía en su conjunto? Supongo que lo haría. Sin embargo, el respaldo de sus puntos de vista de hace 150 años no carecería de condiciones. La historia no se detiene ni se repite a sí misma. ¿No exigiría entonces que los desarrollos contemporáneos de la "globalización" sean conceptualizados no meramente en términos de las leyes objetivas del desarrollo capitalista sino, más bien, que estas leyes objetivas requieren una conceptualización completa en términos de lucha de clases? ¿No alegraría entonces que la acumulación de capital contemporánea no puede ser estudiada en abstracción respecto de las clases sino, más bien, que puede avanzar sólo sobre las bases de un análisis de clase? En resumen, ¿No exigiría que el propósito de la crítica de la economía política sea el descubrimiento de las relaciones reales vivas entre los humanos y que este descubrimiento sea un análisis de la historia? ¿Cuál sería la respuesta de los defensores de la globalización? ¿Argüirían ellos, como de hecho lo hacen, que los desarrollos de hoy están orientados por demandas y requerimientos tec-

nológicos que son muy independientes de, y desarrollados en abstracción de, los deseos y aspiraciones humanas? ¿Qué tendría para decir de eso? ¿Podría invitar a sus oyentes a leer los textos clásicos sobre economía política, incluida su propia crítica de la economía política? O podría simplemente volverse enojado gritando: están mistificados por la autopresentación de un mundo que no sabe nada sobre sí mismo y entonces está sin espíritu. Pensar científicamente no es repetir la religión cotidiana de un mundo sin sentido. Más bien significa desmistificación: ni las “naciones” ni la “historia” ni el “capital” han hecho guerra. ¡La historia no hace nada, no posee vasta riqueza, no pelea batallas! Es más bien el hombre, el hombre real, viviente, quien hace todo esto, quien posee y pelea, no es la historia la que usa al hombre como un medio para perseguir sus fines, como si fuera una persona aparte. La historia no es nada sino la actividad del hombre persiguiendo sus fines. Este es el argumento del *Manifiesto* y ¿cuál es el argumento de los defensores de la globalización?

Sin embargo, ¿puede no plantearse un argumento de que la obra de Marx y la herencia que ha legado no estaba en última instancia interesada en materias del espíritu? Más aún, la ortodoxia marxista y los críticos burgueses de Marx han enfatizado,

una y otra vez, que Marx fue un pensador racionalista que construyó un sistema de pensamiento basado en conceptos de necesidad histórica y que toda idea asociada con el tema del espíritu humano no sólo fue expulsada de su concepción de la historia sino, también, muy fuertemente rechazada y criticada. Supongo que el tema radica en qué se entiende por necesidad histórica. ¿Qué decir sobre la barbarie, el hambre, una guerra universal de devastación? ¿Fue la carnicería de Verdun una necesidad histórica? ¿Fueron los asesinatos de millones y millones en la II Guerra Mundial, fue Auschwitz, una necesidad histórica? ¿Una necesidad a nombre de quién y para qué propósito? ¿Es la aparentemente más reciente “invención” de “granjas de niños” donde los niños son producidos para venderlos en el mercado mundial una necesidad histórica? ¿No han estado con nosotros estos desarrollos verdaderamente repugnantes, que han caracterizado este siglo, desde el nacimiento de las relaciones sociales capitalistas? ¿Son ellos meramente los resultados de la necesidad histórica, una necesidad que no es otra que la circunstancia que Marx reporta en *El capital*: “una gran cantidad de capital, que aparece hoy en los Estados Unidos sin ningún certificado de nacimiento, fue ayer, en Inglaterra, la sangre capitalizada de los niños”? ¿O son estos repugnantes “acontecimiento” el re-

sultado de “demasiada civilización, demasiado medios de subsistencia, demasiada industria, demasiado comercio” como es reportado en el *Manifiesto Comunista* cuando el argumento se dirige hacia el desarrollo contradictorio entre las relaciones y las fuerzas de producción?

El *Manifiesto* celebra el espíritu como la posibilidad de la existencia que se comprende a sí misma, de odio de clase, y de mejores cosas por venir en nombre de la humanidad que se ve a, y entonces existe en y para sí misma como un propósito. Esto, supongo, es la causa de que el *Manifiesto Comunista* se comprometa con la idea de una asociación en la cual el libre desenvolvimiento de cada uno es la condición para el libre desenvolvimiento de todos. ¿Está demasiado lejos de buscar comprometerse con esta asociación en términos de “espíritu”? No, no lo está. Con el argumento del *Manifiesto Comunista*, los sepultureros no sólo entierran el peso muerto de la historia sino, también, dejan libre el espíritu de la historia: el anhelo de larga data de una vida dignificada, feliz, de una humanidad que exista como un sujeto con control de sus propios asuntos, en posesión de sí misma, esto es, de un ser humano maduro que se ve a sí mismo, y con esto a la naturaleza, como un propósito y no como un recurso para la explotación del hombre por el hombre. Contra esta pers-

pectiva, algunos pueden objetar que la obra de Marx, especialmente el *Manifiesto*, se compromete con una visión progresivista de la historia donde la naturaleza es meramente comandada por el hombre empeñado en explotar sus recursos por razones de mera explotación. Sin embargo, para Marx, la categoría de “progreso” es completamente vacía, carente de significado, si es vista en abstracción de su contenido y éste es las relaciones entre los humanos. La solución para la destrucción ambiental no es sólo una cuestión de la relación entre la naturaleza y el hombre sino, más bien, una cuestión de las relaciones entre los seres humanos mismos.

Algunos pueden objetar a lo que yo he tenido que decir señalando que el énfasis sobre la práctica humana, incluyendo su espíritu, tiene un tinte demasiado antropológico. Sin embargo, y esto es importante, ¿desdeñarían los comunistas esconder sus puntos de vista y fines? ¿Podrían los comunistas ser motivados por otros temas que la exigencia de condiciones humanas más allá de relaciones de explotación cuyo propio lugar no es otro que el museo de la historia? Además, ¿estaría uno avergonzado de exigir condiciones humanas, de comprometerse con la noción de humanidad, porque las relaciones capitalistas de explotación descansan sobre la invocación de los derechos humanos del hom-

bre. Sin duda, una de las mayores realizaciones del *Manifiesto Comunista* es su denuncia de las concepciones burguesas de la individualidad, los derechos humanos, etc. como concepciones que soportan la respetabilidad de la explotación capitalista de la clase obrera. El concepto de práctica humana de Marx desautoriza el concepto burgués de humanidad. Además, llama a la realización del "concepto" de humanidad a través del derrocamiento por la fuerza de todas las condiciones existentes. El entendimiento de la historia como una historia de lucha de clases no es puesto de relieve por la circunstancia de que la práctica humana ha operado hasta el punto de hacer que la historia luzca como una grotesca y sangrienta monería.

El *Manifiesto Comu-*



*nista* enfatiza que los misterios teóricos encuentran su solución racional en la práctica humana y en la comprensión de esta práctica y que la tarea de la filosofía no es el de interpretar al mundo sino de cambiarlo. Es una triste reflexión sobre una gran parte de los enfoques de izquierda el que ninguno de estos discernimientos parecen tener mucha actualidad. Esto sólo enfatiza la importancia continua del *Manifiesto Comunista* y esto a pesar de las propias esperanzas revolucionarias de Marx. El lugar que el *Manifiesto* aspira a tener para sí mismo es el

museo de la historia. Esto es lo que el *Manifiesto* ha exigido para sí mismo durante los últimos 150 años.

*Edimburgo, diciembre de 1997.*